

La pesadilla tecnológica

NICHOLAS CARR

Traducción de Juanma Agulles

Colección El martillo de Enoch, 8

Primera edición: *Febrero 2019*

Título: *La pesadilla tecnológica*

Título original: *Utopia is creepy*

Autor: *Nicholas Carr*

Traducción: *Juanma Agulles*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

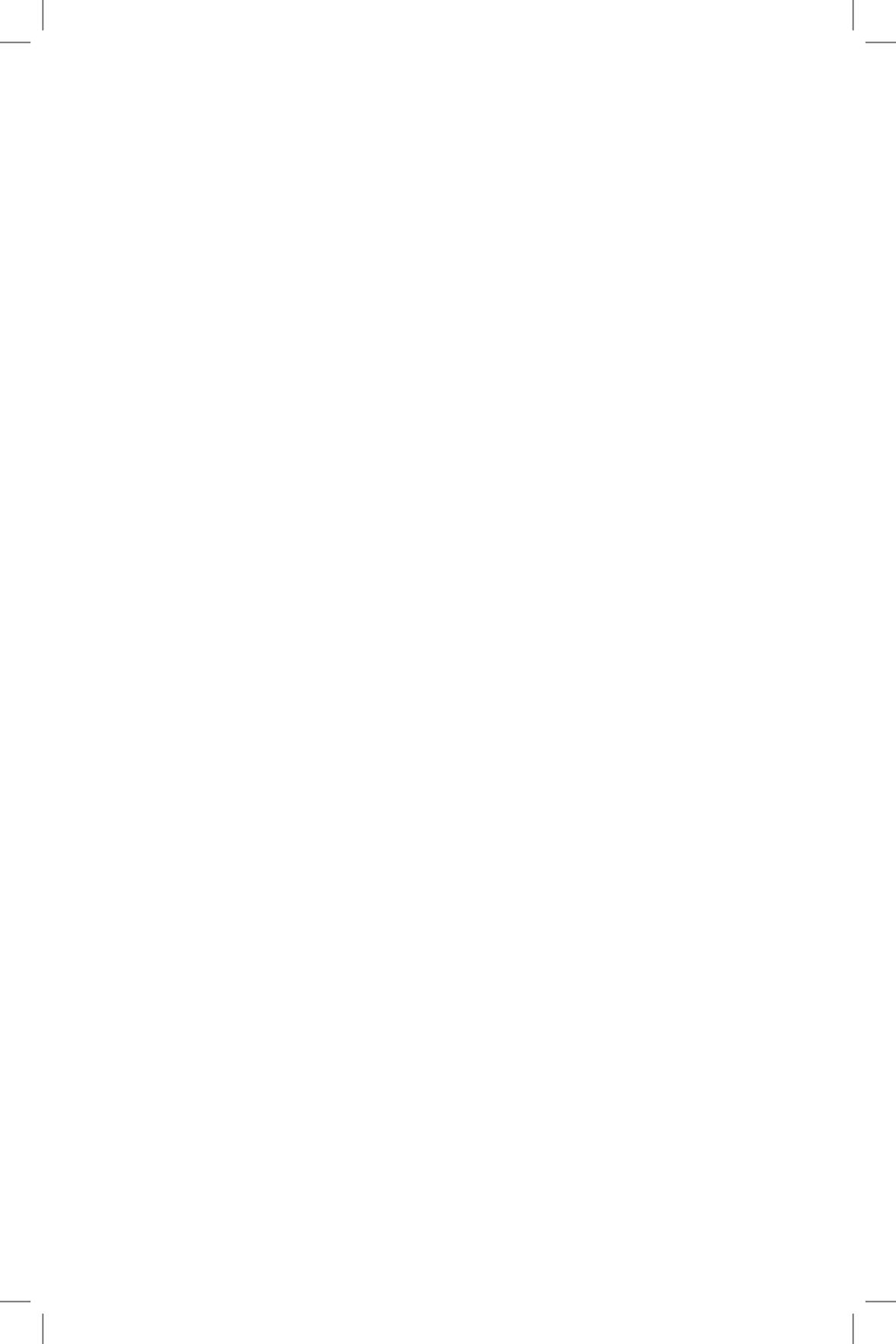
ISBN: *978-84-947647-6-9*

Depósito legal: *M-4447-2019*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

© 2016 by *Nicholas Carr*. All rights reserved

Para Nora y Henry



Índice

Introducción. Los días de Silicon Valley.....	13
LA PESADILLA TECNOLÓGICA	
LO MEJOR DE ROUGH TYPE	25
La amoralidad de la web 2.0.....	27
La vacuidad de MySpace.....	36
La máquina de la serendipia.....	39
Los reyes de California.....	44
El cisma en Wikipedia.....	47
Disculpen, estoy blogueando.....	52
Lo metabólico.....	55
Problemas en Second Life.....	57
¡Mírate!.....	61
Arrendamiento digital.....	64
Los dispositivos de Steve.....	67
Twittelégrafo.....	70
Fantasmas en el código.....	74
Pregúntale al avatar de Alice.....	76
Elepé.....	78
¿Debe la red olvidar?.....	85
Los medios de la creatividad.....	88
Vampiros.....	89
Comer basura detrás de un seto.....	91

El injerto social.....	93
Un <i>sexbot</i> lo borda en el test de Turing.....	96
Un mundo transparente.....	98
La web de Gilligan.....	101
Control total.....	107
Todo lo que se digitaliza debe converger.....	111
Resurrección.....	115
Rock por números.....	117
Criar a un niño digital.....	120
Ludditas del iPad.....	124
El ahora.....	128
Charlie ha mordido mi excedente cognitivo.....	130
Hacer que compartir sea seguro para los capitalistas.....	134
No hay lugar para la alusión literaria en Google.....	138
Saturación circunstancial y saturación ambiental.....	143
¡Atención, jugadores!.....	148
La memoria es la gravedad de la mente.....	155
El medio es McLuhan.....	160
El modelo de negocio de Facebook.....	167
La pesadilla tecnológica.....	168
Sin lomos.....	171
Futuro gótico.....	173
La jerarquía de la innovación.....	179
Copia. Mezcla. Graba. Lee.....	186
Vive rápido, muere joven y deja un bonito holograma.....	193
Conectado, desconectado y la línea que los separa.....	195
Google Glass y las gafas Claude.....	200
Incendiar la escuela.....	203
El aburrimiento de la máquina inteligente.....	207
Reflejos.....	210
¿Reirá Gutenberg el último?.....	212
Los buscadores.....	217

La eterna esperanza de una inmaculada	
Inteligencia Artificial.....	220
Max Levchin tiene planes para nosotros.....	222
El pequeño problema de Evgeny.....	226
La conversación más corta entre dos puntos.....	228
Hogar, lejano hogar.....	232
Carbón. Pizarra. Algodón. Mandarina. Cielo.....	239
Trapicheando con Buda.....	242
El yo cuantificado en el trabajo.....	243
Mi ordenador, mi doble.....	247
Paños menores.....	250
El autobús.....	253
El mito de la escalera sin fin.....	258
El telar del yo.....	264
Debajo de la tecnología y más allá.....	266
Padre subcontratado.....	269
Tomándole la medida a la medición.....	271
<i>Smartphone</i> calientes.....	273
Coleccionistas desesperados.....	276
Fuera de control.....	279
Nuestros algoritmos, nosotros mismos.....	283
El ocaso de los ídolos.....	290
La ilusión del conocimiento.....	295
Follavientos.....	298
Segundos contados.....	301
La música, lubricante universal.....	307
Hacia una teoría unificada del amor.....	310
<3's y pensamientos.....	316
En el reino de los aburridos, el ladrón manco es el rey.....	319
TESIS EN FORMA DE TUIITS.....	325

LOS HIJOS DEL EUNUCO:	
ENSAYOS Y RESEÑAS.....	335
La llama y el filamento.....	337
¿Nos vuelve Google estúpidos?.....	340
Llamando a gritos al silencio.....	356
Los sueños de los lectores.....	361
La vida, la libertad y la búsqueda de la privacidad.....	371
Enganchado.....	378
Madre Google.....	383
La biblioteca de Utopía.....	387
Los chicos de Mountain View.....	403
Los hijos del eunuco.....	413
Todo tiempo pasado fue Pop.....	420
El candidato de Snapchat.....	425
Por qué los robots siempre nos necesitarán.....	435
Perdido en la nube.....	441
La misión de Dédalo.....	446
AGRADECIMIENTOS.....	467

La perfección no existe; comprenderla es el triunfo de la inteligencia humana; desearla para poseerla es la más peligrosa de las locuras.

Alfred de Musset, *Confesiones de un hijo del siglo*

Los espíritus menos libres caminan al Oeste,
y claman libertad.

D. H. Lawrence, *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*



Introducción

Los días de Silicon Valley

Parecía una pesadilla provocada por un potente hipnótico: un chacal con la cara de Mark Zuckerberg se inclinaba sobre el cadáver aún fresco de una cebra mientras devoraba sus entrañas. Sin embargo, no estaba dormido. Tuve aquella visión en pleno día, provocada por el anuncio del fundador de Facebook en la primavera de 2011: «A partir de ahora, sólo comeré carne de animales que haya matado yo mismo». Zuckerberg había iniciado este nuevo «reto personal», según comentó a la revista *Fortune*, hirviendo una langosta viva. Después sacrificó un pollo. Siguiendo la cadena alimenticia, mató un cerdo y degolló una cabra. En una batida de caza, disparó contra un bisonte. Dijo que «estaba aprendiendo mucho sobre cómo llevar una vida sostenible».

Al final conseguí borrar de mi mente aquella imagen del chacal con cabeza humana. Lo que no conseguí fue quitarme de encima la sensación de que en el último pasatiempo al que se había entregado el joven empresario había una metáfora que necesitaba explicación. Si pudiese aprehenderla, extraer su significado, quizá encontraría lo que había buscado durante

tanto tiempo: una comprensión más profunda de los extraños tiempos que nos ha tocado vivir. ¿Qué representaba el depredador Zuckerberg? ¿Qué significado tenía la pata enrojecida de la langosta? ¿Y qué significaba aquel bisonte, probablemente el animal más simbólico de la fauna norteamericana? Ahí había algo. Al menos, me dije a mí mismo, podría escribir una entrada de blog decente contando aquella historia.

Nunca llegué a escribir aquella entrada, pero sí muchas otras. Comencé a llevar un blog a principios de 2005, justo cuando todo el mundo hablaba de la «blogosfera». Descubrí, después de una consulta en GoDaddy, que el dominio roughtype.com todavía estaba disponible (un descuido inusual en los pornógrafos), así que bauticé a mi blog Rough Type, «Tipo duro». El nombre parecía encajar bien con la naturaleza cruda y provisional de la escritura *online* de aquella época. Los blogs, desde entonces, han sido colonizados por el periodismo —y han perdido su personalidad—, pero en aquel entonces parecía que estábamos ante un nuevo mundo, una especie de frontera literaria. Las paparruchas acerca del colectivismo y sus «medios de comunicación conversacionales» y la «inteligencia de colmena», surgidas al calor de la discusión sobre la blogosfera, no tenían ningún sentido. Los blogs eran creaciones obscenamente personales. Eran diarios escritos en público, que recogían lo que el escritor estaba leyendo, viendo o pensando en un momento determinado. Como dijo Andrew Sullivan, uno de los pioneros de aquella frontera: «Puedes decir todo lo que te salga de los mismísimos». El estilo directo se adaptaba bien a la web, que necesitaba de una agitación constante. Y los blogs se caracterizaban por promover un impresionismo crítico, o una crítica impresionista, y tenían la inmediatez de una discusión de bar: apretabas el botón de «Publicar» y tu entrada era lanzada a la World Wide Web para que todo el mundo la viese.

O la ignorase. Al principio los lectores de Rough Type fueron muy pocos, lo que visto retrospectivamente fue una bendición. En realidad, comencé a escribir aquel blog sin tener la más remota idea de lo que quería decir. Me sentía como un elefante en una cacharrería. Pero entonces, en el verano de 2005, apareció la Web 2.0. El internet comercial, comatoso desde la debacle financiera de las *punto com* de 2000, parecía despertar, y tenía los ojos muy abiertos y un apetito voraz. Páginas como MySpace, Flickr, LinkedIn y después Facebook, volvían a bombear dinero en Silicon Valley. Los *nerds* se estaban haciendo ricos otra vez. Pero las incipientes redes sociales, junto con la inflación de la blogosfera y la eternamente cuestionada Wikipedia, parecían anunciar algo más profundo que la enésima fiebre del oro. Eran, de hacer caso a la propaganda, la vanguardia de una revolución democrática en los medios de comunicación; una revolución que cambiaría la sociedad para siempre. Estaba naciendo una nueva, dando lugar a un amanecer digno de la Escuela del Río Hudson¹.

Rough Type ya tenía su tema.

La más importante de entre todas las religiones autóctonas de Estados Unidos —más que los Testigos de Jehová, que la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, e incluso que la Cienciología—, es la religión de la tecnología. John Adolphus Etzler, ciudadano de Pittsburgh, redactó su evangelio en su obra de 1833 *The Paradise within the Reach of All Men*² [El paraíso al alcance de todos los hombres]. Si cumple sus «propósitos mecánicos», escribía Etzler, «Estados Unidos se convertirá en un Edén», un «estado

1. Escuela pictórica de diversos paisajistas estadounidenses, influidos por el romanticismo, que comenzaron retratando panorámicas del río Hudson y el valle de Catskill. Miembros destacados de esta corriente fueron Thomas Cole y Asher Brown Durand, entre otros. (*Todas las notas son del traductor*)

2. H. D. Thoreau escribió una reseña crítica del libro de Etzler: *El paraíso —que merece ser— recobrado* (Ediciones El Salmón, 2016, trad. Javier Rodríguez Hidalgo).

de superabundancia» donde habrá «banquetes continuos, una fiesta de los placeres, innovaciones y ocupaciones para el deleite así como para la instrucción», amén de «verduras en infinita variedad y apariencia». Vaticinios similares proliferaron a lo largo de los siglos XIX y XX, y en sus visiones del «esplendor tecnológico», como escribiera el historiador Perry Miller, encontramos lo verdaderamente sublime de Norteamérica. Tal vez veneremos a agraristas como Jefferson y ecologistas radicales a lo Thoreau, pero seguimos depositando nuestra fe en Edison y en Ford, en Bill Gates y en Mark Zuckerberg. Son los tecnólogos quienes nos marcarán el camino a seguir.

El ciberespacio, con sus voces desencarnadas y sus etéreos avatares, tuvo una naturaleza mística desde el principio, y su inmensidad sobrenatural se convirtió en el receptáculo adecuado para todos los anhelos y tropos espirituales de Estados Unidos. Como escribiera en 1991 Michael Heim, filósofo de la Universidad Estatal de California, «¿Qué mejor forma de imitar el conocimiento de Dios que crear un mundo virtual constituido por bits de información?». En 1999, el año que Google se mudó desde un garaje en Menlo Park a sus oficinas de Palo Alto, un científico de la computación de la Universidad de Yale, David Gelernter, redactó un manifiesto donde predecía «la segunda llegada del ordenador», repleto de imágenes diáfanas de «cibercuerpos flotando a la deriva en el cibercosmos informático», y «cúmulos de información bellamente dispuestos como si se tratase de inmensos jardines». La retórica milenarista se exacerbó con la llegada de la Web 2.0. «Contemplan», proclamaba la revista *Wired* en su artículo de portada de agosto de 2005: estamos adentrándonos en un «nuevo mundo», creado no por la gracia de Dios, sino por la «electricidad de la participación» generada por la web. Será un paraíso creado por nosotros mismos, «producido por los usuarios». Las bases de datos

de la Historia serán borradas, la humanidad reiniciada. «Tú y yo estamos viviendo ese momento».

Aquella revelación ha llegado hasta nuestros días, y el paraíso tecnológico sigue brillando en nuestro horizonte. Hasta los ricachones se han sumado a este futurismo quimérico. En 2014, el inversor Marc Andreessen publicó una serie de tuits entusiastas —a los que denominó tormenta de tuits— en los que anunciaba que los ordenadores y los robots estaban a punto de liberarnos de «las limitaciones de nuestras necesidades físicas». Haciéndose eco de John Adolphus Etzler (y también de Karl Marx), declaró que «por primera vez en la historia» el ser humano sería capaz de expresar plenamente su verdadera naturaleza: «Podremos ser lo que queramos. Los principales campos de la actividad humana serán la cultura, las artes, las ciencias, la creatividad, la filosofía, la experimentación, la exploración y la aventura». Lo único que le faltó citar fue las verduras.

Cabría despachar estas profecías como mera palabrería autoidulgente de niños ricos, salvo por una cosa: han terminado por dar forma a la opinión pública. Al extender una visión utópica de la tecnología, una visión que define el progreso exclusivamente en términos tecnológicos, han reducido la capacidad crítica de la gente, propiciando que los empresarios de Silicon Valley sean libres de remodelar la cultura para que se adapte a sus intereses comerciales. Después de todo, si los tecnólogos están creando un mundo de superabundancia, un mundo donde no existirá ni el trabajo ni la necesidad, sus intereses particulares deben ser por fuerza los mismos intereses que alberga la sociedad. Interponerse en su camino, o incluso cuestionar sus aspiraciones y actividades, sería contraproducente y sólo serviría para retrasar la llegada de algo maravilloso e inevitable.

El camino trazado por Silicon Valley ha tenido el refrendo académico por parte de teóricos tanto de universidades como de *think tanks*. Intelectuales de todo el espectro político, desde la derecha seguidora de Ayn Rand³ hasta la izquierda marxista, han descrito la red informática como una tecnología para la emancipación. El mundo virtual —defienden— supone una liberación de las limitaciones sociales, empresariales y gubernamentales; libera a la gente para ejercer su voluntad y su creatividad sin cortapisas, ya sea como empresarios que buscan ganancias o como voluntarios que se dan a la tarea de la «producción social» fuera de los márgenes del mercado. «Esta nueva libertad», escribía el profesor de Derecho Yochai Benkler en su influyente libro de 2006 *La riqueza de las redes*, «posee un potencial práctico enorme: como dimensión de la libertad individual; como plataforma para una mayor participación democrática; como medio para fomentar una cultura más crítica y reflexiva; y, en una economía global cada vez más dependiente de la información, como mecanismo para lograr mejoras en el desarrollo humano en todo el mundo». Llamarlo revolución, decía Benkler, no era ninguna exageración.

Benkler y sus acólitos tenían buenas intenciones, pero sus puntos de partida estaban equivocados. Ponían demasiado énfasis en los primeros años de la web, cuando sus estructuras sociales y comerciales eran aún incipientes, y sus usuarios tan sólo representaban una muestra sesgada del conjunto de la población. No fueron capaces de ver que la red acabaría canalizando las energías de la gente dentro de un sistema de información administrado, centralizado y fuertemente regulado, organizado con el fin de enriquecer a un pequeño grupo de empresas y a sus pro-

3. Ayn Rand (1905-1982) filósofa y novelista rusa que en 1925 se estableció en Estados Unidos. Enemiga del comunismo, el anarquismo y de toda forma de intervención del estado en los asuntos económicos, defendía en cambio el *laissez faire* de la versión ultraliberal del capitalismo.

pietarios. La red puede generar mucha riqueza, es cierto, pero es un tipo de riqueza a lo Adam Smith; concentrada, además, en muy pocas manos, en lugar de distribuirse ampliamente. La cultura que ha surgido a través de la red, y que hoy en día se extiende a cada vez más facetas de nuestra vida y de nuestra mente, se caracteriza por una producción y un consumo frenéticos —los *smartphone* nos han convertido a todos en medios de comunicación— pero no por dotarnos de mayor poder y mucho menos de una mayor capacidad de reflexión. Es una cultura de la distracción y la dependencia. Esto no significa negar los beneficios de un sistema universal y eficiente de intercambio de información; se trata, antes bien, de negar la mitología que envuelve dicho sistema. Y refutar el argumento que defiende que, para poder alcanzar aquellos beneficios, ese sistema ha tenido que adoptar la forma que presenta en la actualidad.

Al final de su vida, el economista John Kenneth Galbraith acuñó el término «fraude inocente». Lo utilizaba para describir una mentira o una media verdad que, al sostener los puntos de vista y necesidades de quienes están en el poder, se presenta como un hecho. Después de repetirla hasta la saciedad, esa mentira acaba pasando al acervo popular convertida en un lugar común. El fraude «es inocente porque muchos de quienes lo emplean no son conscientes de su culpabilidad», escribía Galbraith. Y «es un fraude porque, veladamente, está al servicio de intereses particulares». Concebir internet como una herramienta para liberarnos es un fraude inocente.

Me encantan los aparatitos. Cuando, siendo adolescente, me senté por primera vez ante un ordenador —un voluminoso terminal monocromático conectado a un procesador que pesaba una tonelada— me quedé maravillado. Y en cuanto llegaron los PC, me vi rodeado de cajas color beige, disquetes y lo que solían llamar-

se «periféricos». Un ordenador, según me parecía entonces, era una herramienta a la que se podía dar muchos usos, pero también una especie de puzzle que planteaba multitud de incógnitas. Cuanto más tiempo empleabas en descifrar cómo funcionaba, aprendiendo su lenguaje y su lógica, y probando sus límites, más posibilidades se abrían ante ti. Como las mejores herramientas, el ordenador alentaba y premiaba la curiosidad. Y era divertido, a pesar de los quebraderos de cabeza y los «errores fatales».

A principios de los 90, probé por primera vez un navegador y vi cómo se abrían ante mí las puertas de la web. Me cautivó: tanto territorio, tan pocas reglas. Pero los mercaderes no tardaron en llegar. El territorio comenzó a ser subdividido, comercializado y, a medida que crecía el valor monetario de sus bases de datos, explotado como una mina a cielo abierto. Mi entusiasmo se mantuvo, pero atenuado por el recelo. Comencé a sentir que agentes extraños se estaban colando dentro de mi ordenador a través de mi conexión a la web. Y lo que había sido una herramienta bajo mi control se estaba transformando en un medio controlado por otros. La pantalla del ordenador empezó a convertirse, como suele suceder con cualquier medio de comunicación de masas, en un entorno, un contexto, un recinto y, en el peor de los casos, una jaula. Me empezó a parecer evidente que aquellos que controlaban la omnipresente pantalla, si se les dejaba, terminarían por controlar también la cultura en su totalidad.

«La informática ya no tiene que ver con los ordenadores», escribía el investigador del MIT Nicholas Negroponte en su *bestseller* de 1995 *Ser digital*, «se trata de nuestra forma de vida». A finales de siglo, Silicon Valley estaba vendiendo algo más que ordenadores y programas: estaba vendiendo ideología. El credo se inscribía en la tradición norteamericana del utopismo tecnológico, pero con un giro digital. Los chicos de Silicon Valley eran furibundos materialistas —lo que no se puede medir no

existe—, pero al mismo tiempo eran reacios a la materialidad. En su visión del mundo, los problemas, desde la ineficiencia y la desigualdad hasta la enfermedad y la mortalidad, provenían de la condición física del mundo, de su torpe encarnación en cosas inflexibles y decadentes. La panacea era la virtualidad, la reinvención y redención de la sociedad en un código informático. Buscaban crear para nosotros un nuevo Edén, no compuesto de átomos, sino de bits. Todo lo sólido se desvanecería en la red. Se esperaba que nos mostráramos agradecidos por ello, y en gran medida lo estábamos.

Nuestro anhelo de una regeneración a través de la virtualidad es la última expresión de lo que Susan Sontag, en su libro *Sobre la fotografía*, describía como «la impaciencia del estadounidense con la realidad, el gusto por las actividades mediadas por la máquina». Lo que siempre nos ha sido difícil de concebir es que el mundo sigue un guión que no hemos escrito nosotros, y vemos en la tecnología no sólo un medio para manipular la naturaleza, sino para poseerla, para empaquetarla como un producto listo para consumir accionando un interruptor, pisando el acelerador o pulsando el botón del obturador. Ansiamos reprogramar la existencia, y con los ordenadores tenemos el mejor medio creado hasta ahora para conseguirlo. Quisiéramos ver ese proyecto como una misión heroica, la rebelión contra la tiranía de un poder opresivo. Pero no lo es en absoluto. Es un proyecto nacido de la ansiedad. En él subyace el temor a que el intrincado mundo compuesto de átomos se rebele contra nosotros. Lo que Silicon Valley vende, y nosotros compramos, no es por tanto trascendencia, sino una retirada del mundo. La pantalla ofrece un refugio, un mundo mediado que es más predecible, más abordable, y sobre todo más seguro que la empecinada realidad de las cosas. Acudimos en masa a lo virtual porque la realidad nos exige demasiado.

«Tú y yo estamos viviendo ese momento». Ese artículo en *Wired* —cuyo título era «We Are the Web» [Nosotros somos la Web]— me fastidió tanto como el renacimiento de internet que se intensificó durante el otoño de 2005. El artículo me irritó pero también fue una inspiración. Así que, el primer fin de semana de octubre, me senté frente a mi Power Mac G5 y escribí una respuesta. El lunes por la mañana publiqué el resultado en Rough Type: un breve ensayo con el significativo título de «La amoralidad de la Web 2.0». Para mi sorpresa (y, he de admitirlo, mi regocijo), los blogueros se lanzaron sobre el texto como fagocitos, y en pocos días había sido leído por miles de personas y había generado una larga lista de comentarios.

Y así comenzó mi discusión con... ¿cómo llamarlo? Hay muchas opciones: la era digital, la era de la información, la era de internet, la era del ordenador, la era de la conexión, la era de Google, la era de los *emoji*, la era de la nube, la era del *smartphone*, la era de los datos, la era de Facebook, la era de los robots, la era posthumana. Cuantos más nombres le pongamos, más difusa se vuelve. Lo que sí parece seguro es que se trata de una era hecha a medida del talento de los vendedores de marca. Lo llamaré, simplemente, Ahora. Y fue a partir de mi discusión con el Ahora, recogida en estas páginas, como llegué a mi propia revelación, modesta y terrenal: lo que busco en la tecnología no es un nuevo mundo. Lo que busco son herramientas para explorar y disfrutar el mundo tal cual es; el mundo que nos llega con «todo lo que contrasta, y es distinto y extraño», como lo describiera hace tiempo Gerard Manley Hopkins⁴.

El programa de WordPress que utilicé para escribir mi blog detalla que he publicado 1.608 entradas en Rough Type. De ese montón, he seleccionado mis setenta y nueve favoritas para *La*

4. Poeta británico (1844-1889). Se ha utilizado aquí la versión en castellano de estos versos ofrecida por Carlos Pujol en Gerard Manley Hopkins. *Poesía*, Granada, Comares, 2000.

pesadilla tecnológica, comenzando con «La amoralidad de la Web 2.0» (2005) y terminando con «En el reino de los aburridos, el ladrón manco es el rey» (2015). Para completar el libro, junto a estas entradas, he incluido ensayos y reseñas que escribí durante el mismo periodo. En la recopilación he añadido también cincuenta aforismos, sentencias y divertimentos que tienen la extensión de un tuit. Aunque la mayoría de estos textos fueron escritos para que tuviesen valor por separado, juntos ofrecen una crónica de los últimos diez años que difiere, espero que de manera estimulante, del relato predominante. Puede que todos vivamos ya en Silicon Valley, pero podemos seguir actuando y pensando como exiliados. Todavía podemos aspirar a ser lo que Seamus Heaney llamó, en su poema «Exposición», exiliados interiores.

Un bisonte muerto. Un multimillonario con un arma. Al fin y al cabo, supongo que el simbolismo estaba bastante claro.